

22. *Has juzgado los actos, e incluso los motivos de los demás,
como si supieras cuáles son en realidad.*

Paul Young. *La cabaña.*

Secuencia 22

EXT. / JARDÍN BOTÁNICO DE MEDELLÍN / MAÑANA

El lago del Jardín Botánico estaba particularmente quieto esa mañana, tanto, que el agua parecía un espejo que reflejaba todo lo que flotaba en su superficie, y una canoa naufragada y rodeada por lotos amarillos se convertía en el foco principal de esta imagen que evocaba alguna obra impresionista de Monet.

Marina estaba nerviosa por su encuentro con Zinerva Gulotta, pero respiró profundo antes de sentarse a su lado en la banca de madera ubicada justo frente al lago, donde las tortugas se apilaban una sobre otra esperando recibir algún rayo de sol.

A sus cuarenta y tantos años, Zinerva era una mujer hermosa, posiblemente gracias a la afortunada combinación de genes colombianos e italianos, y su presencia resaltaba entre la multitud. Quizá por ello decidió programar el encuentro en el jardín, un miércoles a las 9:00 a.m., donde el único público con el que se cruzarían sería alguno que otro turista, una excursión de colegio o los jardineros que mantenían impecable el lugar.

Vestida con pantalón color champaña, blusa azul oscuro con estampado de flores salmón, zapatos de tacón, también color champaña y gafas oscuras, los rizos de su cabello ru-

bio rojizo se acomodaban perfectamente sobre sus hombros, dándole un aire de aquellas *femmes fatales* memorables del cine negro de los años cuarenta.

Lo que tenía de bella, lo igualaba en ímpetu y tenacidad. Por su frialdad al momento de tomar decisiones, algunos hombres que no comprendían el alcance que puede tener la determinación de una mujer, aseguraban que tenía pelotas en lugar de ovarios, pero el carácter de Zinerva no era definido por sus hormonas, sino por las experiencias que habían moldeado su vida.

Su padre, un político tradicional de la región, fue asesinado frente a ella por grupos al margen de la ley cuando Zinerva tenía siete años, y haciendo que su corazón se rodeara por una fuerte coraza que no le permitía expresar ningún tipo de ternura o compasión. Desde entonces, Pedro Cepeda, compañero de partido de su padre y amigo de la familia, la acogió como mentor y la mantuvo a su lado todos estos años como consejera, aliada y confidente.

—Buenos días, doctora Gulotta. Yo soy Marina Grisales.

—Siéntese y vamos al grano— le respondió Zinerva a Marina sin voltear a mirarla, pues seguía contemplando el lago, como si la imagen le trajera algún tipo de sosiego. Continuó su monólogo:

—No sé quién la contrató. No sé si quiere sacarnos plata a expensas de Pedro. Tampoco sé si sea una periodista tratando de engañarme para conseguir alguna exclusiva. O si sea de la Fiscalía y quiera sacarme la ubicación de Pedro. Pero no estoy sola. Detrás de algunos de estos árboles hay hombres de mi entera confianza que actuarán según mi señal y se encargarán de desaparecerla sin que las pocas almas que nos rodean se enteren. ¿Me entendió?

Marina miró alrededor y no vio nada sospechoso, pero decidió tomarle la palabra a Gulotta.

—Doctora. No tengo ni intereses políticos, ni financieros, ni periodísticos. Vengo porque el diputado Plata era muy querido para un amigo muy cercano y porque estoy casi segura de que quien sea que esté incriminando a su jefe, miente. Además, creo que usted puede tener acceso a la información que me ayudará a demostrarlo.

Por primera vez, Gulotta se volteó y removió sus lentes oscuros para mirar de frente a Marina.

—¿No cree que si yo tuviera pruebas que limpiaran las sospechas sobre Pedro, las habría entregado ya a la Fiscalía?

—De hecho, sé que usted ha estado destruyendo esta información y necesito que se detenga—.

Marina recobró su confianza y desafió a Gulotta:

—Sé que tenían chuzado a Plata, pero si esta información sale, su jefe quedaría peor parado de lo que ya está, o ¿me equivoco?

Gulotta se levantó de la banca buscando en los árboles los supuestos hombres que tenían en la mira a Marina y a continuación le preguntó.

—¿Quién la mandó?

—Yo solita me mando. Mire. Para que seamos francas y me entienda. A mí realmente no me interesa defender a su jefe. Si el caso fuera otro, estaría feliz de verlo encerrado y pagando por todos los crímenes que ha cometido. Sé que Pedro Cepeda es un hampón, un mentiroso, un mafioso que tiene comprada la política de esta ciudad. Pero por lo mismo, sé que es inteligente y que no iba a matar a su rival más obvio y ponerse en evidencia. Con la información detallada que usted tiene de las rutinas de Diego Fernando Plata, sé que

puedo encontrar la prueba definitiva para demostrar que no fue su jefe quien lo mató.

Gulotta se pasó la mano por el cuello. Se notaba que estaba incómoda e insegura de confiar o no en esta desconocida.

—Mire, Grisales. Yo sé de primera mano que Pedro no es culpable. Yo lo esperé a la salida del apartamento de Plata y luego... pues, pasamos juntos la noche. ¿Me entiende? Su esposa tampoco puede saberlo.

Grisales trató de disimular, sin éxito, el asco que le causó la imagen mental de Gulotta teniendo sexo con el care' sapo. Gulotta continuó con su historia.

—Llevé a Pedro donde Plata porque quería persuadirlo para que no presentara las pruebas de las hilazas ni lo expusiera en la Asamblea. Pedro trató de ofrecerle un negocio, pero Plata no quiso aceptarlo y por eso es que se le ve tan disgustado en el video de seguridad. Sé que no lo mató.

—Doctora, en serio. Esa información tan detallada e íntima no era necesaria. Yo sé que su jefe, por lo menos de este crimen, es inocente. Las grabaciones las necesito para algo más.

Zinerva caminó un poco alrededor de la banca, como pensando sus próximas palabras. Después de un momento, habló.

—Si tal información existiera, no puede ser presentada ante un caso a la Fiscalía, porque demostraría otro tipo de crimen. ¿Me entiende?

—Yo le entiendo perfectamente, doctora, pero lo que necesito revisar es solo para tener la certeza de que quien sospecho, es el culpable. Ya para demostrar que lo hizo, voy a necesitar una confesión u otro tipo de prueba. Sé que sus grabaciones son inadmisibles en el caso. Eso lo tengo claro. Véalo así... serán para consulta y uso personal.

—Grisales, yo no sé qué es lo que usted espera encontrar ahí, pero nosotros revisamos exhaustivamente ese material y no se ve quién asesinó a Plata.

—No han encontrado nada porque no saben lo que están buscando. Yo no espero ver en primer plano la persona que apretó el gatillo. Eso sería demasiado fácil. Lo que necesito armar es un contexto de lo que pasó antes y después.

—Si logra exonerar a Pedro, le aseguro que será muy bien recompensada.

—Le pido encarecidamente que no me agradezca eso de ninguna manera, y menos con dinero. Ya le dije que si por mí fuera, dejaba encerrado a su mozo... perdón, jefe, por muchos años, pero por un crimen del que sí sea culpable, no por este.

Zinerva se quedó mirando fijamente a Marina y después de un momento, volvió a hablar.

—Envíeme su dirección y alguien le estará haciendo llegar los paquetes.

Marina le iba a agradecer a Zinerva, pero esta la interrumpió antes de que pudiera hablar.

—Ah, y Grisales... si nuestro nombre se vincula de alguna manera con este material, sepa que lo que dije antes sobre hacerla desaparecer no era una charla.

Después de tal amenaza, Marina se arriesgó y le preguntó a Gulotta:

—Doctora, antes de que se vaya, ¿me puede responder algo?

Levantando las cejas, Zinerva la autorizó a proseguir con la pregunta.

—¿Quién instaló los micrófonos y cámaras en el apartamento del doctor?

Gulotta le respondió con una sonrisa burlona.

—Grisales, recuerde que el culpable siempre será el mayordomo, el chofer o la mucama. Ya usted decida.

Y sin decir otra palabra, en ese momento Gulotta se alejó caminando de la banca. De varios árboles empezaron a aparecer hombres que marcharon a una distancia prudente detrás de ella. Marina respiró profundo, se acomodó sobre la silla de madera y se quedó contemplando el paisaje del lago para ver si a ella también le podía dar algo de sosiego.

En ese momento sonó su teléfono móvil, asustándola al punto de taquicardia. Observó su pantalla y vio que era Romo. Decidió contestarle.

—¿Aló? Quiubo, Romo, ¿cómo vas?

—¡Marinita! Me tenías preocupado. Vos nunca te desaparecés así ¿Cómo vas vos?

—Bien, Romo, reflexionando mucho sobre la vida — Marina no sabía aún si contarle o no a Rómulo en lo que andaba metida y no sabía mentirle, por lo que decidió cambiar el tema — Ve, la verdad no quiero hablar de lo de la suspensión. ¿Vos cómo vas de ánimo con lo de Plata?

—Pues, Marina, el tiempo todo lo cura, pero a eso te llamaba, es que ya nos entregaron el cuerpo y mañana es el funeral. ¿Vos me acompañarías al apartamento del doctor pa' escogerle el traje y organizar unas cosas? No quiero estar solo allá.

Lo último que se le pasó por la mente a Marina en ese momento era consolar a su amigo, ya que la idea de estar en el apartamento de Plata para hacerse una idea de cómo estaba distribuido y entender mejor las grabaciones que le pasaría Gulotta, eran lo único que ocupaba su cabeza.

—De una, Romo. ¿Dónde y a qué hora nos vemos?